

PARTE 1: Rose Tyler



- ¿Cómo te encuentras?-, preguntó el Doctor.

- Bien... creo que bien-, respondió la joven.

El hombre la miró seriamente, como buscando algo en su interior. Buscando mentiras.

-¿Segura? Es decir... era tu padre. Sé lo que es perder a alguien.

La joven agitó las manos, como restándole importancia al asunto.

- Sí, sí. El último Señor del Tiempo. Ya lo sé.-Y añadió sonriendo-aún tengo mi madre.

El serio rostro del hombre cambió con una sonrisa.

-¡Oh, sí! ¡Tu madre! No quieres oírme hablar de tu madre.

El interior de la TARDIS se llenó de carcajadas.

-¡Oi! ¡Es mi madre y sólo yo puedo quejarme de ella!-Dijo ella riendo.

Por apenas un segundo, una mueca de tristeza ocupó el rostro del Doctor. Parte de ella mentía. Y era lógico. Rose había visto morir a su padre no una, sino varias veces. En su mente comenzó a reprocharse la idea de permitir a Rose hacer aquel viaje. Necesitaba compensarla. Llevarla a un lugar alegre. Que la hiciera feliz. Manteniendo su sonrisa, le preguntó:

-Entonces, ¿cuál es tu época favorita del año?

Sin dejar de sonreír, la muchacha respondió:

-¡Navidad, sin dudas!

-¿Navidad?... ¿Navidad?... ¡Ohhh... lo tengo!

-¿Qué cosa?

-¡La mejor Navidad del universo!-, dijo el Doctor, a la vez que giraba alrededor de la consola central de la TARDIS oprimiendo diversos interruptores a su paso.

Poco después, una cabina telefónica color azul apareció en medio de un bosque de coníferas nevado. Las puntas de sus ramas estaban decoradas con unas bellas bolas cromadas, simulando adornos de navidad. Las puertas de la cabina se abrieron, y una maravillada Rose emergió de ellas. Comenzó a girar sobre sí misma, buscando una visión completa del paisaje, y justo en ese momento comenzó a nevar. En aquel instante, estando rodeada de copos de nieve y árboles de navidad, olvidó todas las penas de su última aventura. El Doctor caminó hacia ella. Cargaba una canasta de mimbre.

-¿Picnic navideño?-, no era una pregunta, sino una invitación. Ella asintió, feliz.

Era bueno sentirse feliz una vez más.

Comieron una tarta deliciosa, aunque Rose no pudo saber nunca de qué estaba hecho el relleno. Aunque tampoco le importaba, desde luego. Bebieron jugo de una planta del planeta Minyos, cuyos frutos sabían a vino blanco. Y conversaron. Era imposible no conversar con el Doctor.

- Entonces... ¿Qué es éste lugar? ¿Navidad-landia?- preguntó ella.

- Algo así.-, respondió él entre carcajadas. Y agregó: - Lo importante es que es el planeta mas pacífico que conozco.

- Me gusta.-, afirmó Rose con la boca llena. Tomó la jarra, buscando otro sorbo del delicioso néctar Minio, y la notó vacía. Al notarlo, el Doctor se levantó.

- Creo que tengo otra botella en la bodega.-, le dijo. Y volvió a su TARDIS.

Subió hasta los dormitorios, pasó la pileta, el gimnasio y la biblioteca, y finalmente llegó a su destino. Tomó la botella y regresó. Lamentablemente, iba tan concentrado en intentar entender cómo aquella muchacha de a poco había logrado a meterse en su vida al punto de que comenzaba a costarle pensar en un futuro sin ella, que pasó por alto la advertencia en la pantalla de la consola central. “PELIGRO. AMENAZA DETECTADA”, rezaba el cartel, en grandes letras rojas.

Al salir, la manta a cuadros rojos y blancos donde debía estar sentada Rose estaba vacía, excepto por una nota, clavada con un cuchillo. La nota decía:

“Estimado Doctor: Tengo a su amiga. Voy a lastimarla. Puede intentar detenerme. Pero voy a lastimarla. Tengo cámaras cerca. No entre a su TARDIS, o voy a lastimarla aún mas. Venga a por mi, si quiere intentar volver a ver a Rose con vida, aunque no le prometo nada. Saludos. Un viejo amigo”.

¿Quién podía querer lastimar a Rose?, se preguntó. ¿Un viejo amigo? ¿Sería el Amo? ¿Quizás algún Señor del Tiempo que había escapado al horrible final de la Guerra del Tiempo? ¿O algo peor? No tenía manera de saberlo. No hasta encontrarse con él. Observó las huellas en la nieve. Se dirigían a la densa masa de árboles cercana. Siguió el rastro, hasta encontrar una horrible visión: su querida Rose se encontraba prisionera del extraño. Éste la aferraba desde atrás con un brazo, inmovilizándola, mientras que en su otra mano sujetaba una daga contra el cuello de la chica.

- ¡No la lastimes!- Gritó el Doctor.- ¡Quien quiera que seas, te lo ruego!- A lo que el extraño respondió:

- ¿El Doctor, rogando?- Lanzó una carcajada maligna. Aún peor que la del Amo.- ¿La novena encarnación del gran Doctor, rogando? ¡Ha! ¡Si que ha valido la pena este viaje!

- ¡Doctor!- gritó Rose. Había pánico en su voz.

- Tranquila, Rose. Todo va a estar bien.-, intentó tranquilizarla, aunque esas palabras aún eran mentira. No podía asegurar que todo iba a estar bien hasta no saber mas de su enemigo.

El Doctor lo estudió a medida que hablaba. Se trataba de un hombre de unos cuarenta años, cabello rubio grisáceo, peinado hacia atrás prolijamente, y vestía una especie de uniforme militar negro azabache que contrastaba con el escenario blanco en el que se encontraban. Ropas de principios del siglo XXI en la Tierra. Definitivamente no se trataba de un Galifreyano, o lo hubiera sentido. Necesitaba saber mas, se dijo. Necesitaba hacer lo que mejor sabía hacer. Hablar. Y dijo:

- ¿Quién eres? ¿Eres de UNIT? Pareciera que eres de UNIT, por tus ropas.

- No, no, no, querido Doctor. No será así nuestro juego. Te dejaré hacerme tres preguntas. Si tras esas preguntas no sabes quien soy... añadiré algo de rojo a este paisaje navideño.- y remató la amenaza con otra horrenda carcajada.- ¿Quien soy?, al ser el objetivo del juego no puedo contestar eso. Lo siento. Y no, no soy de UNIT. Te queda una pregunta.

- ¿Una pregunta?-, preguntó Rose- ¿Cómo que una pregunta? ¡Sólo has respondido una!

- Es verdad-, dijo el extraño sonriendo con malicia,- pero él ya hizo dos preguntas.

El Doctor no hablaba. Sólo podía pensar en amenazas e insultos. Y de nada servían si no lograba adivinar a quién se enfrentaba. Entonces preguntó.

- Una pregunta mas. Mi última pregunta. Esa daga, ¿De qué material está hecha?

- ¿En serio? ¿Esa pregunta?- se quejó Rose.

- ¡Epepep! El Señor del Tiempo decidió hacer esa pregunta, y esa es la pregunta que responderé. Es una daga romana, común y corriente. La tomé prestada de una exhibición del Museo Británico. No contiene nada que no deba estar en un arma de esa época. Y ahora... ¿Te sirvió esa pregunta para saber quién soy? Porque yo creo que no te va a servir de mucho.

Para sorpresa de Rose, el Doctor sonreía. Eso era bueno. Y entonces dijo:

- ¡Oh, sí! ¡No se tu nombre, pero se muy bien quien eres!

- ¿En serio?- preguntaron a la vez Rose y su captor.

- Seguro.- La mano derecha del Doctor se metió velozmente en su chaqueta, y salió sujetando su fiel destornillador sónico.- ¡Eres un estúpido que sin conocer mis trucos, ataca a quienes quiero!-, y al activar el pequeño artefacto, la mortal daga salió despedida de la mano del hombre. Rose aprovechó a golpearlo con el codo en su rostro. El extraño, asustado, corrió hacia la arboleda sin decir palabra alguna. Lo siguieron hasta una pequeña loma llena de arbustos, y allí lo perdieron. Todavía agitada por la carrera, Rose le preguntó al Doctor:

- ¿Dónde se fue? ¡Las huellas terminan aquí de repente!

- Y eso no es todo.-, le respondió, tomando un papel que se encontraba clavado en una rama cercana. Lo miró y se lo mostró a su compañera. La nota decía: “Nos vemos a la medianoche”.

De regreso en la TARDIS, el Doctor analizó la daga que había estado a punto de acabar con la vida de la joven, solo para descubrir con frustración que no había huellas digitales, ni rastro alguno de ADN, ni nada que le permitiera identificar a aquel nuevo enemigo.

-¿Qué habrá querido decir con eso de que nos veremos a la medianoche?,- preguntó Rose.

- No lo se. Pero hay tres cosas que sí se.- la joven lo miró, intrigada, y él prosiguió.- Uno, que volveremos a verlo. Dos, que es peligroso y tres...- comenzó a activar los circuitos del panel central de la TARDIS, y continuó: - ... ¡que necesitamos un poco de diversión! ¿No te parece?

- Sip. Diversión es justo lo que necesito para superar esto.- dijo Rose, y su risa llenó la habitación. Porque sabía que, a pesar de que a veces los viajes podían volverse peligrosos, el Doctor siempre cuidaría de ella. Y nunca, pero nunca jamás, faltaría la diversión.

Y aquel mundo quedó atrás.

Aunque la amenaza del extraño seguía latiente.

PARTE 2: Martha Jones



- La ceremonia de conmemoración fue emocionante. – dijo el Doctor mientras activaba la TARDIS.

- Es bueno saber que Tim tuvo una vida larga.- recordó Martha. El Doctor sonrió, y Martha agregó- ¿Tuviste algo que ver en eso?- a lo que éste contestó, haciéndose el distraído:

- Bueno... Tim tenía una pequeña habilidad telepática que, quizás, podría haberle salvado la vida y...-no pudo continuar. Martha lo interrumpió, preguntando con ironía:

- ¿Y que pasó con eso de “nunca interferir”?

- ¡Ey! ¡Eso no es interferir!... Bueno, técnicamente... fue él quien interfirió, ya que al usar su telepatía, esto podría haberle permitido...

- Doctor... ¡Deja esas distracciones para los Dalek! Aunque no lo quieras admitir, directa o indirectamente, interferiste en su destino. ¿No es cierto?

Lo había atrapado. Esta mujer sí que era inteligente. Y era por esto que la había elegido como su Compañera, pensó. Y sin dejar de sonreír, tuvo que admitirlo:

- Bueno... ¿Acaso un profesor no puede hacerle un pequeño favor a su alumno predilecto?

Ambos comenzaron a reír, y entonces la TARDIS se sacudió tan fuerte, que ambos ocupantes terminaron en el suelo. El Doctor se levantó y ayudó a Martha a levantarse.

- ¿Estás bien?, le preguntó. Ella asintió, preocupada.

- ¿Qué sucedió?-, le preguntó, a lo que él respondió, mirando la consola:

- ¡Nos dispararon! ¡Nos sacaron del vórtice, desviándonos hasta aquí! ¡Y de un disparo!- Había una mezcla de preocupación y sorpresa en su joven y a la vez viejo rostro.

- ¿Aquí?-, preguntó la joven,- ¿Dónde es aquí?

El Doctor corrió hasta la puerta de la TARDIS. La entreabrió, sacó su Destornillador Sónico de su chaqueta, y sacando solamente un brazo, examinó los alrededores. Martha nunca había visto al Doctor tan asustado como cuando leyó los resultados del análisis.

-Entonces, ¿Dónde estamos?-, preguntó, y el le contestó, enigmático como siempre:

-¡En medianoche!

Salieron al exterior, ya que el Doctor había dicho que no se detectaban formas de vida y que quienquiera que les hubiese disparado, seguramente lo había hecho desde dentro del vórtice.

Se encontraban en una llanura, con vegetación silvestre, y una pequeña arboleda a unos metros.

Algunos charcos de agua indicaban que no había pasado mucho desde la última lluvia, aunque el cielo estrellado no mostraba indicios de nube alguna. El Doctor volvió a examinar la zona con su Destornillador Sónico. No parecía haber ningún problema.

- ¿Está todo bien?-, preguntó Martha. Y el Doctor, con un cierto dejo de nerviosismo, respondió:

- ¡Desde luego que no está todo bien! ¡Es medianoche! ¡No te separes de mi! ¡Ni un segundo! ¡Ni siquiera pestañees! Nope. Eso es un buen consejo contra los Ángeles, pero en realidad podría provocarte sequedad en los ojos, influyendo negativamente en tu vista. ¡Y ahora necesitó que seas mi vista! ¡Mis ojos en la espalda! ¿ok?

- OK,- contestó ella.

Y entonces las luces se apagaron.

El mareo era intenso. No se había sentido así desde su última regeneración. De hecho, esto era casi como una regeneración. Ese sentimiento de no saber dónde se está, ni quién es, ni qué le había sucedido. ¿Se había regenerado? ¡Por favor, no! ¡No quería irse! ¡No aún! Y entonces oyó la voz. La voz de sus miedos, de sus pesadillas. La voz del misterio mas grande que había enfrentado hasta el momento. El dueño de la voz se encontraba a unos quince metros del lugar donde el Doctor se encontraba.

- ¿Ya despiertas... “Doctor”?- ésta última palabra, el nombre que había escogido para hacerse conocer, fue pronunciado en forma despectiva. Como con odio. Quizá esa fuera una pista de la identidad de su enemigo. Era alguien que lo odiaba.

Y entonces notó que Martha no estaba allí. Alarmado, preguntó:

- ¡Martha! ¿Dónde está? Si le has hecho algo te juro que...

-¡Oh, “Doctor”!- una vez mas el desprecio se había hecho evidente al nombrarlo- ¿Cómo podría haberle hecho algo... si aún no me has hecho tus tres preguntas?- y lanzó esa horrenda carcajada que era su firma.- Tu... “Compañera” está encerrada en un refugio subterráneo, no muy lejos de aquí.- El mismo tono despectivo que usaba para nombrarlo lo había usado al referirse a Martha. Así que no sólo lo odiaba a él, sino también a quienes viajaban con él. Ya sabía mas sobre él.

- Ah, si, tu juego. ¿Sabes? No es una gran idea, en realidad. ¡Ni siquiera es muy divertida!

El extraño sonrió con malicia. ¿Qué sucedía? ¿Por qué esa sonrisa?

- En respuesta a tu pregunta, si. Se que no es una gran idea. ¡Pero sí que es divertida! Para mi, al menos. Te quedan dos preguntas, y accionaré este interruptor, llenando la habitación donde se encuentra tu... “Compañera” de un gas venenoso creado por los Sontarans. Entonces.. ¿Pregunta número dos?

-¡Maldito tramposo!- comenzó a gritar el Señor del Tiempo, pero una nueva carcajada de su enemigo le demostró que en realidad no valía la pena continuar gritándole. Necesitaba ser mas inteligente que él. Quizá incluso mas inteligente de lo que él mismo había sido hasta el momento. No podía darse el lujo de enfurecerse. Así que tomó aire, puso su mente en blanco, y preguntó:

- Me he dado cuenta que me odias. A mi y a quienes viajan conmigo. ¿Por qué?

El extraño pareció complacido ante la pregunta. Sonrió brevemente, y luego se puso serio. Sin dudas asustaba mas cuando se ponía serio. Y respondió:

- ¡Bien hecho, “Doctor”! ¡Esa sí es una buena pregunta! ¡Ya lo creo! Si, es verdad. Te odio, y a quienes viajan contigo. Y lo hago porque así ha sido desde que nací. Me causaste el peor dolor que se me puede causar. Nací lleno de odio. Y poco después de nacer, descubrí que ese odio se debía a lo que me habías hecho.

- Pero... ¿Qué te hice?

- ¡Última pregunta! ¿Que qué me hiciste? –Sus dientes rechinaron de odio. Sus ojos reflejaban el fuego que había en su interior- ¡Me arrebataste a quien que me dio la vida! ¡Eso es lo que hiciste! Y ahora, ¿Vas a adivinar quien soy, o tendré que matar otra de tus “Compañeras”?

¿Otra de sus Compañeras? ¿A quién había matado? Tanto Adric como Katarina se habían sacrificado, y Sara había muerto víctima de su propia imprudencia. ¿Se refería a una Compañera de su futuro? Como fuera, ya no quedaba tiempo para preguntar. Era tiempo de responder. Y no tenía la menor idea de quién podía ser aquel extraño.

- Vienes de mi futuro, eso puedo saberlo. Y eres un huérfano, probablemente un huérfano de guerra. Pero no me alcanza para saber quién eres. ¡Necesito saber mas!

- ¿Quieres saber más de mí?-, preguntó, y cuando el Doctor asintió, el extraño respondió- ¡Soy quien matará a Martha Jones!-, y oprimió el botón del interruptor. No lejos de allí, en el lugar donde se encontraba oculta la compuerta para ingresar al refugio subterráneo donde se escondía Martha, comenzó a brotar una densa nube grisácea. El extraño sonrió ante los desesperados gritos del Doctor, y corrió hacia la arboleda cercana. El Doctor ni siquiera atinó a perseguirlo. Se dirigió hacia la compuerta, y descubrió que estaba trabada desde afuera con un simple candado. Intentó sacar su Destornillador Sónico, pero éste no estaba en su chaqueta. Seguramente se lo había robado su enemigo. Examinó los alrededores. Cerca de allí había unas rocas, así que tomó una y comenzó a golpear el candado con todas sus fuerzas.

- ¡No respire, Martha!-golpeó una vez- ¡Estoy aquí!- gritó, y volvió a golpear- ¡Ya casi.. estoy!- dijo, golpeando una tercera vez. Estaba por volver a golpear, cuando escuchó la voz de su Compañera detrás suyo:

- Estoy bien. Pude soltarme, y encontré otra salida. ¡Tranquilo!

El rostro del Doctor cambió de la desesperación absoluta, al de un niño al recibir el regalo de sus sueños. No había sentido mayor alivio y felicidad en mucho tiempo. Entonces, para mejorar las cosas, Martha sacó algo de su campera. Era el Destornillador Sónico.

- ¿Qué?- exclamó el Doctor, sorprendido- ¿Cómo lo...? ¿De dónde...?

- La otra salida daba a aquel monte. Cuando salí, alcancé a ver a ese hombre huyendo, pero lo perdí en seguida. Encontré tu juguete en el piso. Se le debe haber caído.

- ¡Por suerte! No se si la TARDIS me hubiese dado uno nuevo. ¡Y no podría vivir sin él! Antes lo he hecho, pero esos tiempos ya pasaron. ¿Ya te hablé de mi quinta encarnación?

- ¡Uf!-, exclamó la joven,- ¡Todo el tiempo! ¡Tu Doctor favorito! ¡Quizá podría ser el mío, también! Seguro que no está todo el tiempo pensando en...

-¿En que estoy pensando yo todo el tiempo?-, preguntó el Doctor, levantando una ceja.

- No es en qué, sino en quién... ¡Olvidalo! ¡Ha sido un día muy difícil! ¡Necesitamos divertirnos! El último Señor del Tiempo la miró, estudiando su respuesta. ¿Sería posible que ella...? ¿Había sido eso un ataque de celos? ¡Naah! ¡Ella era así!

-¿Diversión?-, le dijo, haciéndole caso y olvidando lo ocurrido, al menos por ahora- ¡Vayamos a la TARDIS! ¡Conozco el lugar perfecto!

Y partieron nuevamente. Dejando pendiente el misterio del extraño, una vez mas.

PARTE 3: Donna Noble



- ¡No puedo imaginarte sin voz!-, exclamó Donna, sonriendo, tras oír la historia del Doctor.

- Molto bene-, dijo él, a lo que ella respondió, imitándolo:

- Molto bene.

Entonces su rostro se llenó de miedo, y alarma. Era como revivir un trauma. De hecho, era eso precisamente, y le pidió:

- No, no hagas eso. No lo hagas. ¡No!- Ella lo miró, sorprendida.

- ¡Vaya! ¡Esto sí que te afectó!-El la miró en silencio. Era demasiado pronto para bromear sobre eso- Lo siento.

- No hay problema. Cuéntame, mejor. ¿Cómo te fue? ¿Descansaste? ¿Conociste a alguien interesante?-, intentaba sacarse los recuerdos de su aventura reciente. Había muerto gente, lo que la hacía cualquier cosa, menos divertida. Y en este momento necesitaba reír. Y Donna tenía la habilidad de hacerlo reír. Y enojar. Y reflexionar. Todo a la vez. Como sólo los mejores amigos pueden hacerlo. Y ella le contestó:

-¡Oh, si! Fue en el Bar de Relax. ¡Conocí al hombre mas interesante! Es algo parecido a ti, aunque es atento, seductor, y con el rostro de un ángel.

- ¡Oy! ¡Yo soy todo eso!-, exclamó el Doctor, algo ofendido. Ella sonrió, sin creerle una palabra.

- ¡Si, seguro! ¡Tu, atento y seductor! ¡Ha!-, replicó ella.

- ¿Y en qué se parece a mi, entonces, este “hombre milagro”?-, preguntó.

- El también viaja por el tiempo. Es un... ¿Cómo era?... ¡Ah, si! ¡Un Agente del Tiempo!

Al oír esto, el Doctor sonrió, sorprendido.

-¿Jack está aquí?-. La cara de Donna se llenó de sorpresa.

- ¿Lo conoces?- el Doctor asintió, y ella agregó:- ¡Me lo imaginaba! Conozco al hombre ideal, y ¿qué puede pasar? ¡Oh, nada! ¡Resulta ser otro de tus raros amigos! ¿Y que es él en realidad, a ver? ¿Un extraterrestre lleno de escamas? ¿Un telepata asesino? ¿Otro Señor del Tiempo?- El Doctor lanzó una carcajada y respondió:

- ¡Naah! Es un humano, común y corriente.- Pero la cara de Donna denotaba que seguía sin creerle, entonces agregó – Bueno... es un poco inmortal. Solo eso.- Ella lo miró, enojada, y él remarcó, como excusándose- Solo un poco. Lo juro.

- ¿Cómo se es “un poco” inmortal, chico sábelo todo?

- No muere, pero envejece. ¿No has notado sus canas?

Entonces Donna agregó:

- ¡Oh, si! Le van bien con su cabello rubio. Le da un tono grisáceo, ¿No te parece?- Al oír esto el Doctor se puso serio. Mortalmente serio. Y le preguntó:

- ¿Cabello rubio grisáceo?

- Si, eso dije, rubio grisáceo. ¿Por qué la alarma?

- Rubio grisáceo, estamos en el planeta Medianoche... ¡Donna! ¡Te quiero en la TARDIS ya mismo!- Ella lo miró, y comenzó a protestar, por lo que él tuvo que usar un tono aún mas enérgico y volvió a gritarle:- ¡Donna! ¡Te quiero en la TARDIS!, ¡A salvo! ¡Ahora mismo!

Ella lo miró, disgustada por el repentino maltrato, y mientras se iba hacia la TARDIS, seguida por la atenta mirada vigilante del Doctor, no le faltaron palabras o adjetivos para reprochárselo. Una vez que ella estuvo a salvo, el Señor del Tiempo corrió hacia el bar en el que había estado Donna. No esperaba encontrar nada, ya que a esa hora el bar estaba cerrado. Pero al forzar la cerradura con el Destornillador Sónico, para su sorpresa, el extraño estaba allí. Sentado en una mesa para dos personas. Esperándolo. Al verlo acercarse, sacó a relucir su sonrisa de tiburón. Sin levantarse, le indicó con un ademán que tomara asiento. Mientras le servía una copa de un licor de color oscuro le preguntó:

- ¿Cómo has estado... “Doctor”? ¿Has tenido buenos viajes?

Sin probar la bebida, ni perder la calma, el último sobreviviente de Gallifrey respondió:

- ¡Oh, sí! ¡El Titanic! ¡El planeta Ood! ¡Messaline! Mas recientemente, La Biblioteca. Oh, me olvidaba que también detuve al Amo. Tu sabes. Seguramente has oído hablar de él.

-¿Me estás preguntando si alguna vez oí hablar del Amo? ¿O, mas indirectamente, si yo soy él?-, preguntó el extraño, con astucia. Pero el Doctor lo corrigió:

- ¡Ninguna pregunta! Solamente comentaba que él es un Señor del Tiempo renegado, con una larga historia de enfrentamientos conmigo. Pareces conocerme bien, por lo que debes conocerlo a él.- Su compañero de mesa sonrió.

-Veo que al fin has entendido el juego, mi amigo. Te diré que he oído de tus enfrentamientos con tu amigo de la infancia, como todo el mundo, desde luego. Pero puedo jurarte que no soy él. ¡Y vaya pista que te estoy dando! Considéralo un regalo de mi parte. Lo que no pienso regalarte es la vida de tu simpática, aunque algo irritante, Compañera.- El Doctor sonrió al escuchar esto. Y le dijo:

- ¡Ya lo creo que es irritante! Pero es una gran mujer, créeme. De todas maneras, no creo que puedas matarla. Está a salvo, en mi TARDIS.

- ¿En tu TARDIS?- preguntó, entre sorprendido y enojado el extraño.

- Sip.- respondió el Doctor con una sonrisa.

- ¿A salvo?-, volvió a preguntar, definitivamente enojado.

-¡Muy a salvo!-

- ¿A salvo de las bombas que puse en su interior mientras hacías aquella estúpida excursión a las Cascadas de Zafiro?-, preguntó el extraño, sonriendo de repente, mientras de un bolsillo de su uniforme extraía una pequeña llave. El Doctor le arrebató la llave, y tras estudiarla, descubrió que pertenecía a su TARDIS.

- ¿De dónde la sacaste?

El extraño mostró aquella sonrisa asesina una vez mas, y respondió:

- Se la quité a una de tus futuras “Compañeras”, después de matarla. ¡Pobrecilla! Y su esposo, ¡Deberías haber visto cómo lloraba! Un momento... ¡Lo harás!

Y remató la frase con una carcajada, para luego agregar:

- ¿Segunda pregunta?

El Doctor no lo podía creer. Una vez mas había caído en la trampa. Este era un rival de una inteligencia verdaderamente formidable. Ahora tenía sólo dos preguntas, y debía pensarlas bien. Intentaba aclarar sus ideas, cuando el extraño le preguntó:

- Dime la verdad... Viniste aquí porque suponías que ibas a encontrarme. ¿No es así?- el Doctor asintió, y su compañero de mesa exclamó:- ¿Y dejaste sola a la pobre Donna, sabiendo que había una gran chance de que yo estuviera aquí?

El Doctor, ofendido ante la suposición de que había usado a Donna de carnada, le respondió:

-¡No es así! Estudié cada nivel de este lugar antes de irme. Te busqué, y al no encontrarte, decidí que era seguro, y me fui. Me equivoqué.- Al oír esto, el extraño soltó un gemido de sorpresa, y le pidió al Doctor:

- ¿Cómo dices? ¿Qué te pasó?- El Doctor bajó la mirada. Ya no podía seguir mirando a los ojos enfermos y llenos de odio de aquel hombre. Y repitió, casi en un susurro:

- Me equivoqué.-, lo que provocó que al extraño le diera un ataque incontrolable de carcajadas. Cuando al fin pudo hablar, le dijo:

- ¡El gran sábelo todo! ¡El décimo Doctor! Con sus estúpidas gafas para verse inteligente... ¿Se equivocó?- Las frases estaban cargadas de sarcasmo. Rió un poco mas, y finalmente le ordenó hacer otra pregunta:

-Bien... Mi segunda pregunta... Es evidente que vienes de mi futuro. No te conozco aún, pero parece saber bastantes cosas sobre mí. Hace poco conocí a una mujer bastante parecida a ti. Se llamaba River. Sólo que ella era una buena persona. O al menos parecía serlo. Se sacrificó por los demás, algo que no te veo haciendo. Lo que quiero saber es... ¿Tienes alguna relación con aquella mujer?

El extraño pareció aprobar la pregunta. Asintió en silencio, y sin borrar su sonrisa le dijo:

- Conocí a la Doctora Song, si. Gran mujer. La he visitado alguna vez en su celda, aunque sólo para hablar, nunca para asesinarla. Aunque casualmente fue de mis charlas con ella, en las que hablábamos sobre ti, que nació mi compulsión de matar a tus... "Compañeras". ¡Ahora es mi turno!-y frotándose las manos agregó- ¡Me encanta este juego! Veamos... Nuestro último encuentro, desde tu punto de vista, al menos, fue cuando intenté asesinar a la señorita Jones. Quiero saber si cuando recuperaste tu Destornillador Sónico buscaste evidencias sobre mi identidad.

- Lo hice.-, respondió el Doctor. Tras unos segundos de silencio, el extraño quiso saber:

- ¿Y? ¿Qué encontraste?- Había verdadera preocupación en su cara. Como si quisiera y al mismo tiempo no quisiera ser descubierto. Sin embargo, la respuesta del Doctor lo desilusionó.

- Nada.

- ¿Nada?- El último Señor del Tiempo negó con la cabeza.- ¿Nada?- Exclamó el extraño. Parecía enojado. Y entonces le aconsejó:- Si yo fuera tu, volvería a analizarlo.

-Bien.-, contestó el Doctor. Y agregó:- Mi turno. Esas bombas que plantaste en mi TARDIS... ¿Que clase de explosivos son?

El extraño lo miró, intrigado. Entrecerró sus ojos, como estudiándolo.

- ¿Es ésta otra de tus trampas? ¿Cómo cuando me preguntaste de qué estaba hecha la daga con la que pretendía matar a Rose Tyler? Porque te aviso que esta vez no va a funcionar. Aislé esta habitación con una delgada capa de materia oscura de tal manera que la señal del detonador la traspasará, pero ni tu Destornillador Sónico, ni ninguna otra cosa podrá entrar o salir de aquí. ¡Estamos perfectamente aislados del resto del complejo!- El Doctor le aseguró que no era por eso que se lo preguntaba, entonces respondió- Son sólo pequeñas bombas personales, usadas por la gente de los Bosques Gamma en la guerra contra los Cybermen. Tranquilo, no afectarán los elementos de tu juguete... ¡aunque sin dudas destrozará a tu pequeña Donna! Ahora... ¿Quién soy?

- Todo eso de la venganza por la muerte de tu madre es mentira, si tengo que arriesgar. Eres un asesino serial. Matas a mis Compañeras porque es lo que te produce placer. Es lo que mas te gusta. ¿No es así?

El extraño meditó la respuesta de su contrincante. La estudió minuciosamente, y finalmente emitió su juicio.

- En primer lugar, nunca hablé de que hubieses matado a mi madre. Lo que dije textualmente fue "me arrebataste a quien me dio la vida", que ciertamente no es lo mismo. En segundo lugar, debo confesar que tienes razón. Soy una especie de asesino serial de Compañeras. Nunca lo había pensado así. Gracias a tu revelación, ahora me han dado ganas de visitar a otras y otros que hayan viajado contigo. Podría visitar a Tegan, o a Sarah Jane Smith. O quizás a... ¿Susan?.- Lo miró, analizando su reacción. El Doctor respiraba agitado. Su interior parecía hervir de furia. Entonces remató diciendo:- Por cierto, tu respuesta está mal-, dijo, y accionó las bombas.

La explosión destruyó la mitad del bar. El extraño fue consumido por una bola de fuego, mientras que el Doctor salió despedido hacia atrás, golpeando contra una pared. Aún estaba aturdido por el

golpe, cuando alcanzó a vislumbrar una figura prendida fuego, gritando con la voz enronquecida por la furia:

-¡Haz hecho trampa! ¡Haz hecho trampa y lo pagarás!

En efecto había hecho trampa. Se había dirigido al planeta Medianoche a propósito, aunque sólo lo había hecho una vez que pudo comprobar que Donna podía defenderse a sí misma. Era obvio que el extraño aparecería por allí, de acuerdo con su tendencia de aparecer “a medianoche”. Lo primero que había hecho al llegar al lugar fue escanearlo, y había descubierto la extraña pared de materia oscura aislando el bar. Luego había activado los circuitos de la TARDIS para que vigilara en todo momento a Donna, y allí fue donde el extraño había cometido el error. Apenas había ingresado a la TARDIS, ésta le había mandado una imagen en tiempo real de todo lo que aquel extraño hacía en su interior. Todo lo que tuvo que hacer, antes de partir a las Cascadas de Zafiro, fue sacar las bombas y ubicarlas en el bar. Y al suponer que el extraño se sentaría mirando hacia la entrada, y no de espaldas a ella, reubicó los explosivos en el lado contrario a la salida. El plan había salido bastante bien. La única falla era que el extraño había vuelto a escapar. Y ésta vez su furia lo hacía mas peligroso que antes.

De regreso en la TARDIS, Donna quiso saber qué había sucedido. El Doctor comenzó a evadir la respuesta, hasta que ella, adivinando le preguntó:

- ¿Se trata de mi “hombre milagroso”, verdad? ¿Era alguno de tus locos amigos?

-Si, Donna-, respondió el Doctor, mientras accionaba los controles para alejarlos de allí.-Y uno de los mas locos.

-¡Hmph! ¡Típico! ¿Encontraré al hombre ideal sin que sea un extraterrestre asesino, un monstruo venenoso o una amenaza interplanetaria?-, se quejó ella. Y él respondió:

-¡No si sigues buscando en estos sitios!- Ambos rieron.

-¿Y ahora a dónde iremos?

- ¿A donde? Te diré a donde- la TARDIS despegó, dejando sentir unas pequeñas sacudidas, y el Doctor gritó, sonriendo como nunca- ¡Allons-y!

Y una vez mas, escaparon del extraño.

PARTE 4: Amy y Rory Pond



- Si realmente depende de mi... ¡Entonces quiero ir a Roma!-, exclamó Amy.

- ¿En serio? ¿Roma? ¿No te alcanzó con haber ido a Venecia hace poco?-, preguntó Rory, extrañado.

- Si, ¡Roma! Pero no la Roma actual, desde luego. ¡Quiero ver el Imperio Romano! Si alguien sabe cuánto me gustan los romanos, ese eres tú. ¿Recuerdas aquella vez, hace unos años? ¿Usaste ese uniforme de centurión que tanto me gustaba?- Los ojos de Amy brillaban de felicidad, lo que comenzó a convencer a Rory sobre el destino de su próximo viaje. Aún así, sintió que había una aclaración que hacer.

- Está bien. Vamos a Roma.- dijo en voz baja, como rezongando, y luego, mirando al Doctor, le aclaró:- ¡Pero nada peligroso! ¡Ya hemos tenido bastantes problemas con este Señor del Sueño! Ya morí una vez hoy, no me gustaría hacerlo una segunda vez. ¡No quiero que terminemos en medio de una invasión bárbara! ¡Ni mucho menos en Pompeya!

El Doctor se puso pálido al escuchar el nombre de la ciudad enterrada por el Vesubio, y le respondió:

- ¿Pompeya? ¿De veras crees que los llevaría a un lugar tan peligroso como Pompeya? ¡Nunca haría una locura semejante!... Bueno, no otra vez.

Rory abrió la boca al oír esas palabras. Miró al Doctor, luego a su novia, y luego una vez mas al Doctor, todavía con su boca abierta, y preguntó, algo alterado:

-¿No otra vez? ¿No otra vez?-miró una vez mas a Amy, y continuó- ¡El ya estuvo allí! ¡En Pompeya! ¿No me dirás que fue durante la erupción?-, al ver que el Doctor no contestaba, y le esquivaba la mirada, continuó:- ¡Por supuesto que durante la erupción! ¿Y viajabas acompañado?

- Bueno...-comenzó a responder el Señor del Tiempo, pero el joven lo interrumpió.

- ¡Desde luego que si! Doctor, por favor. Un viaje tranquilo. Uno sólo.-

El Doctor lo miró. Había un principio de sonrisa en su rostro. ¿Cómo podían amarse tanto esos dos?, pensó. Si una era tan aventurera y el otro tan... ¿cotidiano? ¿normal? No. Humano, esa era la palabra. Como fuera, no le quedaron dudas. Allí había amor. Y entonces, sin responderle, accionó los distintos interruptores en el panel central de la TARDIS. Se escuchó el sonido característico de su despegue, y cuando éste cesó, el Doctor corrió hasta la salida, lanzando carcajadas. Aún sin salir, se volteó. Había luces en sus ojos, haciéndolo parecer aún mas joven de lo que aparentaba ser. Y les dijo:

- ¡Amy! ¡Rory! ¡Les presento...!- y tras abrir la puerta gritó: -¡Roma! ¡Voila!- notó las caras confundidas de la pareja y les aclaró:- Si, si, ya se. Voila es una expresión francesa, y puede

resultar chocante si es de Roma de quien hablamos. Pero piénsenlo de ésta forma: las Galias, en éste tiempo, forman parte del imperio, así que...- pero las miradas confusas no parecían abandonar los rostros de sus compañeros, por lo que tuvo que preguntarles: -¿Sucede algo?

-¡No, nada!-, respondió Amy,- sólo que no se parece mucho a como la imaginaba.

El Doctor se volteó. Se trataba de una ciudad sucia, con edificios que habían tenido mejores días. Había muchos mendigos, y una significativa cantidad de tabernas. Tras echar un vistazo, el Doctor sonrió con beneplácito y les explicó:

- Estamos en Roma. ¡Mas precisamente en Julio del año 100 antes de Cristo! Y esta área de la ciudad, aunque no sea de las mas elegantes- un anciano sucio y ebrio pasó caminando frente a la entrada de la TARDIS, como remarcando la idea- éste área dará lugar al nacimiento de uno de los hombres mas grandes en la historia. ¡Así es! ¡Hoy es el día en que Julio Cesar nace! ¡Gran tipo! ¡Y sus padres eran tan simpáticos! ¡En especial su madre!

- ¡Un momento!-, interrumpió Amy- ¿realmente estamos en el día del nacimiento de Julio Cesar? La única respuesta del Doctor fue una sonrisa. Ella abrió bien grandes sus ojos, llena de sorpresa, y arrastró a Rory hasta el exterior. Tanto ella como su novio se quedaron maravillados, a pesar de la rusticidad del lugar. En alguna parte, allí cerca, estaba naciendo un niño que algún día lo cambiaría todo. Miró alrededor suyo, buscando a aquel que les había llevado hasta allí, pero no lo encontró. Tuvo que mirar atrás para descubrir que el Doctor no había salido de su cabina telefónica. Se encontraba allí, sólo, mirándolos con una sonrisa llena de nostalgia.

- ¿No vas a salir?-, le preguntó ella.

- Oh, no. ¡No puedo! Verán... ya estuve aquí. Bueno, no era yo mismo, pero a la vez si. Y no muy lejos de aquí. Y no debería cruzarme conmigo mismo. ¿Querían un lugar tranquilo, y a la vez maravilloso? ¡Ésta es la mejor opción! El único gran problema que hay, ya está siendo resuelto por una versión mas joven de mí mismo. ¡Además ustedes necesitan tiempo para estar juntos! ¡Rory! ¡Llévala a pasear! ¡Hay lugares muy divertidos por aquí! Volveré a este mismo lugar, esta tarde. En seis horas. A las seis en punto.

- ¿Cómo sabemos que no llegarás tarde? ¡Siempre llegaste tarde para Amy!,- interrogó Rory.

- No se preocupen. No pienso hacer ningún viaje en el tiempo. Solamente me quedaré en órbita, eliminando cualquier vestigio que pueda quedar del polen psíquico.

Se despidieron, y la pareja se tomó de las manos, mientras veían a la TARDIS desaparecer en el aire.

A las seis de la tarde en punto, la cabina telefónica azul descendió en el mismo lugar en que había aparecido ese mediodía. El Doctor salió. Pero allí no se encontraban ni Rory, ni Amy. Los llamó, gritando sus nombres, pero éstos no respondieron. Caminó unos metros y volvió a intentarlo, con resultados igual de negativos. Sacó de su chaqueta de tweed su Destornillador Sónico, y escaneó el lugar, buscando humanos del siglo XXI. Encontró una señal, no muy lejos de allí, y corrió hacia ella. Mientras corría pensaba “¿Una señal? ¿Una sola? ¿Por qué? ¿De quién?”. Y al llegar a una vieja taberna abandonada, de donde provenía la señal, encontró la respuesta.

Rory yacía en el piso, sentado. Su mirada estaba ausente. Sus ropas, cubiertas de sangre. No había rastros de Amy.

- ¡Rory!-, gritó. Se hincó a su lado y lo escaneó. Parecía muerto en vida, pero aún vivía. No tenía heridas. No en su cuerpo, al menos. Su alma estaba destrozada. Volvió a llamarlo, para hacerlo entrar en razón. Éste parpadeó lentamente. Luego lo miró, y fue como si una reacción química se desencadenara de golpe. Sus manos se alzaron, tomando al Doctor del cuello, y comenzó a gritarle:

- ¡Es tu culpa! ¡Es todo tu culpa! ¡Maldito desgraciado! ¡Ella confiaba en ti, y ahora está muerta! ¡Él la mató!

El Doctor forcejeó con el enfurecido joven, mientras le preguntaba quién había sido el asesino, pero la única respuesta que le consiguió sacar fue una palabra, apenas murmurada con dientes apretados por la furia: “Medianoche”. Finalmente pudo separar sus manos de su cuello. Éste luchó un poco más, hasta que finalmente se rindió. Se separó del Doctor y se alejó, llorando.

- Rory, ¿Dónde están? ¿Dónde está Amy?,- Sin dejar de llorar, éste le señaló una puerta cercana, como toda respuesta.

Se adentró en la habitación siguiente. En una especie de altar improvisado yacía el cuerpo de Amy Pond. Corrió hacia ella, desesperado. “¡Oh, Amy! ¡Perdóname!” murmuró. La culpa comenzaba a invadirlo. Observó el cuerpo de aquella que había jurado proteger. Una daga romana estaba clavada en su pecho. Reconoció aquella daga. Era la misma que alguna vez había sido utilizada para amenazar a Rose Tyler. Pero aquella daga se encontraba en un baúl, dentro de la TARDIS. ¿La habría robado aquel extraño, mientras plantaba las bombas en la TARDIS? Imposible. No había visto nada de eso en las filmaciones. ¿O acaso las grabaciones habían sido alteradas? Y entonces se terminó el tiempo de conjeturar. El extraño apareció en la puerta. Mas de la mitad de su rostro y su mano derecha estaba severamente quemado. Por primera vez el exterior parecía reflejar el monstruoso interior de aquel villano.

- ¡Que muchacho simpático aquel de ahí atrás!-, exclamó, señalando a la habitación donde se encontraba Rory. Y agregó: -pensaba matarlo a él, pero después me dije “¿En serio? ¿Matar a Rory? ¿Cuántas veces ha pasado ya lo mismo? ¡Y entonces recordé que, aunque en un sueño, hoy fue la primera de sus muertes! Bueno, ya no más.- y accionando un interruptor que mantenía escondido en su manga izquierda, la habitación detrás de él estalló en llamas.- ¡Adios, Ponds!- exclamó el extraño. El Doctor sintió su mente hervir con las mismas llamas que ardían en el cuarto contiguo. Nunca había enfrentado semejante locura. Ni en las peores encarnaciones del Amo. El dolor se apoderó de su cerebro. La furia hizo que sus corazones bombearan odio por todo su cuerpo. Y entonces, en ese momento, su maravillosa mente quedó relegada a un segundo plano. Saltó por encima del cuerpo de su Compañera, y corrió hacia aquel que la había asesinado. Saltó sobre él, derribándolo. Comenzó a golpearlo con sus puños en el rostro, como nunca lo había hecho. Recientemente se había enfrentado a su lado más oscuro, y ahora ese lado había tomado el

control. Ya no le interesaba a quién se enfrentaba, ni cómo había hecho las cosas que había hecho. Sólo quería eliminarlo. Borrarlo de la existencia.

Tardó un momento en notar que sus golpes ya no impactaban en el extraño. Cuando lo hizo, descubrió que sus puños estaban en realidad golpeando el piso. El extraño, aquel al que Rory había bautizado como “Medianoche”, se había vuelto intangible. Y entonces alguien sostuvo su mano, impidiendo seguir lanzando golpes inútiles.

Era Amy.

- ¿Qué...? ¿Amy? ¿Qué sucede? ¿Cómo?- comenzó a preguntar el Doctor. Ella se llevó un dedo bajo la nariz, haciendo la seña universal de hacer silencio, y solo le dijo:

- Shhh. Escucha lo que tiene que decirte.

El Doctor la miró, confundido. No entendía, y odiaba no entender. Necesitaba entender. Y entonces el extraño habló:

- ¿En serio, Doctor?- Ya no había desprecio en su voz al nombrarlo- ¿En serio no sabes quién soy? ¿Ni siquiera con la pista que te acaba de dar Rory?- Al nombrarlo, el joven apareció. Sus ropas seguían manchadas de sangre, pero la habitación parecía nunca haber estallado.

- Medianoche, Doctor-, dijo Rory. Y agregó- Su nombre es Medianoche.

- Así es, Doctor.- Explicó el extraño.- Medianoche, que es la hora cero. O, también...

-¡La hora doce!- exclamó el Doctor. Medianoche sonrió complacido.- ¿Eres mi siguiente encarnación?

- ¿Quién más podría saber cuándo atacarte? ¿Ni siquiera notaste que ya estaba quemado por las explosiones, mientras en el Bar del Rélex te comenté que ya había matado al matrimonio que te acompañaría en tu futuro?

-Estaba... al verlos así no pude pensar. ¿Por qué esta charada?-, preguntó el Doctor. Medianoche, el Doceavo Doctor, desapareció medio segundo. Al volver a materializarse explicó:

- Necesitaba amenazar a tus Compañeras justo después de que vivieran una experiencia que los acercara más a ti. Cuando finalmente dejaran de ser meras compañías, y se volvieran amistades. ¡Rose después de la muerte de su padre! ¡Martha justo después de haber cuidado de nosotros mientras fuimos humanos! ¡Donna después de la Biblioteca! ¡Y ahora los Ponds! Necesitaba que me temieras. Que temieras la muerte de tus Compañeras. Crear una amenaza que desencadenara tal odio, que tu amor hacia ellos podría imponerse ante cualquier cosa. Para poder cambiar la historia.

- ¡Pero no es posible cambiar la historia! ¿Qué pasó con los Puntos Fijos?

El Doceavo Doctor volvió a desintegrarse. Un segundo después, volvió a aparecer.

- Como diría River, si te lo dijera sería un gran spoiler.- Miró a Amy y Rory y les dijo:- Ya no me queda mucho tiempo. Van a tener que terminar de explicárselo ustedes, me temo.- Rory intentó tomar su mano, pero la traspasó como si se tratara de un fantasma.

- No te preocupes,- le dijo Amy,- Lo haremos.

- ¡Oh, ya lo creo que lo harán! ¡Nunca dudé de ustedes!-, respondió Medianoche con una sonrisa llena de calma. Miró a su encarnación anterior y le dijo:

- Mi fin se acerca. Soy una paradoja a punto de ser solucionada. ¿Sabes? Siempre quise decirte esto... Tu siempre serás MI Doctor.

Y tras decir esto, desapareció. Y ésta vez fue para siempre. El Doctor se quedó mirando hacia la nada. Aquella nada que hasta recién había sido su yo futuro, y que por alguna misteriosa razón había puesto en movimiento aquel juego que había finalizado con su propio sacrificio. ¿Pero por qué? Y se lo preguntó a Amy y Rory. Éstos le explicaron lo que el Doceavo Doctor les había contado.

En algún momento del futuro, cuando ni Amy ni Rory viajaban ya junto a él, el Doctor y una nueva Compañera, llamada Clara, cayeron prisioneros de los Daleks. Éstos habían torturado a su enemigo, dejándolo al borde de la muerte. Si no había muerto allí, había sido porque Clara (“mi pobre Clara”, la había llamado Medianoche) había conseguido liberarse, y rescatarlo a él. Los

Daleks habían ejercido tal nivel de violencia en el Doctor, que para cuando llegaron a la TARDIS, él estaba inconciente. Y mientras Clara piloteaba la TARDIS para sacarlos de allí, la Onceava encarnación del Doctor murió. Mientras se regeneraba, había tenido flashes de todos los castigos a las que había sido sometido en Skaro, y cuando el Doceavo Doctor apareció, preso de la confusión que llega con el proceso regenerativo, había atacado a la pobre Clara, ahorcándola hasta matarla. Cuando se recuperó, tras llorar a su Compañera, comenzó a urdir un plan para impedir que esa tragedia sucediera. Crear una amenaza que fortaleciera los lazos entre el Doctor y sus Compañeras de tal forma, que le creara un trauma subconsciente que le permitiera reaccionar, aún a pesar de la confusión ocasionada por la regeneración. Así, desarrolló artefactos que ocultaran a sus encarnaciones anteriores todo rastro de su TARDIS, y de él mismo como Gallifreyano. Lugo le explicaron lo de la supuesta pista en el Destornillador Sónico. O la falta de ella, mas bien. Al no haber huellas, ni rastros de nadie que no fuera el Doctor, lo que intentaba demostrarle Medianoche era que se trataba de él mismo. Y aquella frase, “Me arrebataste a quien que me dio la vida”. ¡Desde luego que no se refería a su madre! Al llevarlo hasta la TARDIS, y permitir que se regenerara a tiempo, su Compañera futura desde luego que era quién le “había dado la vida” al Doceavo Doctor.

Tras escuchar la explicación, el Doctor abrazó a Amy y Rory fuertemente. El peligro había terminado, y de una vez por todas. Mientras caminaban hacia la TARDIS por las calles de Roma, el Doctor les comentó:

- Hay un grave error en su plan. Los Señores del Tiempo no nos traumatizamos. Al menos, no de la misma manera en que lo hace la mente humana.
- No creo que haya errores en su plan-, comentó Amy.
- ¿Por qué no?-, preguntó el Doctor. Y ella, con los ojos llenos de ironía, le respondió:
- Porque él eres tú. Y tus planes nunca fallan.

Los tres lanzaron una carcajada.

Ya en la TARDIS, sucedió algo inusual. El Doctor les pidió un favor:

- ¡Necesitamos relajarnos! ¡Divertirnos! ¿Quieren recomendar un lugar relajante y a la vez extremadamente divertido?

- Siempre quise ir a Río.-, comentó Rory.

- ¡Río! ¡Oh, si, Doctor! ¡Río es definitivamente el lugar!, agregó Amy, entusiasmada.

- Muy bien, Amy y Rory. ¡Quítense esas ropas sucias! ¡Vayan a cambiarse! ¡Y pónganse ropa de playa! ¡Próxima parada... Río!

Y viajaron hacia una nueva aventura.

-FIN.-

Fernando Roca

13-01-2013